

BEGOÑA ORO

MISTERIOS A DOMICILIO

BALCÓN
EN ACCIÓN



RBA

BEGOÑA ORO

MISTERIOS A DOMICILIO

**BALCÓN
EN ACCIÓN**

RBA

Cualquier parecido con los hasta ahora amigos, vecinos, familiares
o conocidos de la autora es ~~de agradecer~~ pura ~~inspiración~~ casualidad.

° del texto: Begoña Oro, 2021
° de las ilustraciones: Roger Zanni, 2021
° de esta edición: RBA Libros, S.A., 2021
Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona
rbalibros.com

Diseño: Compañía

Primera edición: febrero de 2021.

RBA MOLINO
Ref.: ODBO820
ISBN: 978-84-272-2423-0

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito
del editor cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las
sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse
a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

*Para Gus, que me hizo esperar bajo la lluvia
a que rescatara un retoño de fresno de una cuneta,
que me enseñó la hoja del tulípero, el tronco
del almez, las semillas de la glicinia..., que me mostró
entusiasmado lombrices composteras, me llenó
las uñas de tierra al enseñarme a trasplantar,
me invitó a rastrillar, sembrar, regar, podar, cribar
y a recoger hojas microscópicas con una pinza
durante horas... y lo amé.*



COSAS QUE CRECEN POCO A POCO

Desde hace poco, en La Pera, 24, hay dos nuevos bebés.

Y también hay dos Olivias.

Una soy yo, Olivia Martín Pescador.

La otra es mini Olivia Martínez Martínez.

Digo «mini» porque aún es un bebé. Olivia es uno de los dos nuevos bebés. El otro es Leo,* su hermano mellizo.

Son supergritones y apestosos. Están siempre berreando. Si no berrea uno, berrea la otra, y si no, los

* Pero todo eso ya lo sabrás si leíste *Fiesta pijamera*. Si lo hiciste, perdona que lo repita, y, si no, ¡aún estás a tiempo de leerla!



dos a la vez. Y, por eso, cuando sus padres sacan la basura al rellano, con sus miles de pañales llenos de toneladas de cacas de bebés, tenemos que ponernos una máscara antigás radioactivo para salir.

Eso por un lado.

Pero por otro... son taaaan monos, con esas manitas y esos mofletitos y esos piecitos...

Bueno, eso me parece a mí. A mi hermano Hugo le parecen ratas. «Ratitas», si tiene el día bueno.

Dicen sus padres, nuestros vecinos, los Martínez Martínez, que nunca han visto unos bebés que crezcan más despacio.

Los demás vecinos no opinan lo mismo.

Cada vez que Pepe o Las Modernas se cruzan con el carrito de los bebés, se los quedan mirando embo- bados y, más tarde o más temprano, acaban diciendo a sus padres:

—Miradlos mucho, que crecen muy rápido.

Así caaaada vez.

El otro día, Pepe se despidió de los bebés porque iba a pasar unos días a la playa con su nieto y casi llora:

—¡Ay! ¡A ver si cuando vuelvo no los voy a recono- cer! ¡Con lo rápido que crecen!

Y los Martínez Martínez dijeron:

—¡A ver si es verdad!

El otro día el padre Martínez le dijo a mi madre:

—Qué largos se me están haciendo estos primeros meses.

Para mí que están deseando que sus bebés vayan solitos al baño y se limpien. Y que anden solitos y se paren delante de los semáforos solitos, y que coman



solitos, y hasta cocinen solitos y preparen bocadillos para ellos y para sus propios padres.

Mi madre los defiende.

—Es que era agotador —recuerda. Y nos cuenta historias de cuando Hugo y yo éramos pequeños. Ellos dicen que son historias de terror, pero a mí me parecen muy divertidas.

—Estuvimos cuatro años sin dormir más de tres

horas seguidas —contó mi padre—. Cuando no lloraba Hugo, lloraba Olivia.

—No exageres —dijo mi madre—. No fue tanto tiempo. **Solo** fueron dos años.

—Ay, es que a veces el tiempo parece que pasa muy lento. ¿Os acordáis de cuando estuvimos confinados en casa, sin poder salir para nada por el coronavirus?

Los cuatro suspiramos a la vez.

—¡Por cierto! —recordó mi madre de pronto—. Hablando de tiempo que pasa lento, hoy tienes reunión de vecinos.

—¿«Tienes»? Querrás decir «Tengo».

—Pues eso, que tienes.

—No, digo que tú tienes que decir «tengo».

O sea que **tú tienes** que ir a la

REUNIÓN DE VECINOS.



REUNIÓN DE VECINOS (I)

—**Ve tú** —**dijo mi padre**
a mi madre.

—No, tú —dijo mi ma-
dre a mi padre.

—¡A la última reunión
de vecinos fui yo!

—¡No, fui yo!

—Te toca a ti.

—¡No, a ti!

Después de un buen rato dis-
cutiendo como críos, mis padres
acabaron echando a suertes quién
iría a la dichosa reunión.



Le tocó a mi padre.

Desesperado, nos miró a Hugo y a mí.

—¿Y por qué no van ellos? —dijo señalándonos.

—¡Estás loco? —dijo mi madre—. ¡Pero cómo se te ha podido pasar por la cabeza que vayan los niños!

—Bueno, si sumas las edades de los dos, ya son mayores de edad...

Mi madre meneó la cabeza, abrió la puerta y, bueno, digamos que **«ayudó» a salir** a mi padre fuera de casa.

En el rellano, nos encontramos con lo mismo pero al revés; o sea, los Martínez Martínez peleando por quién **sí** iría a la reunión.

—¡¡Voy yo!! ¡¡Voy yo!! —gritaba desesperada la madre Martínez.

—¡No! ¡No! ¡¡Voy yo!! —gritaba desesperado el padre Martínez.

—¡No! ¡Tú te quedas con los niños!

—¡No! ¡Te quedas tú!

Estaban **deseando abandonar a sus hijos**.

—Uaaaaaaaah —gritaron los bebés.

—¡Cacaaaaa! —gritó Martín. (Martín es el hermano mayor de los bebés aunque sigue siendo bastante pequeño ¡y ya ha empezado a hablar! Dice: «mamá»,

«papá», «caca» y estoy intentando que diga «Olivia». Aún no le sale ¡pero seguro que pronto lo logro!).

La madre Martínez dio un paso al frente y entonces se dio cuenta de que estábamos ahí, mirándolos con cara de «¿deberíamos-llamar-a-Servicios-Sociales?», que son los que se encargan de los niños abandonados.

Entonces les debió de entrar miedo y la madre dijo:
—Ya me quedo yo.

Y cerró rápidamente la puerta de casa sin decir ni media palabra.



El Martínez se vio en el rellano, fuera de casa, nos miró y, al pasar por nuestra puerta, camino de las escaleras, susurró:

—¡Queremos muchísimo a nuestros hijos!

—¡Tranquilo! —le gritó mi madre—. ¡Lo sé! ¡Es solo que dan tanto trabajo de bebés...! Pero luego crecen y...

El padre Martínez nos miró a Hugo y a mí. Creo que éramos su esperanza. Nosotros pusimos cara de angelitos. Porque está feo quitar la esperanza a alguien que está desesperado.

Él sonrió y levantó el pulgar. Y salió corriendo escaleras abajo.

Desde detrás de la puerta del 4.º B, se oyeron más llantos y gritos.

—¿Lo ves, Roberto? —dijo mi madre a mi padre, empujándolo un poquito más—. Es un **planazo**.

Hay gente que está **deseando** ir a la

REUNIÓN DE VECINOS.



REUNIÓN DE VECINOS (II)

Mi padre tardó en subir de la reunión lo normal:
o sea, un par de siglos.

Lo que no era normal es lo contento que llegó.

—¡Vamos a participar en un **concurso**!

El entusiasmo de papá chocó contra nuestra total indiferencia.

—Ajá —dijo mi madre, sin levantar la vista del libro que estaba leyendo.

—¡Un concurso chulísimo!

—Qué bien —dije yo, más que nada por mantener mi puesto de hija **favorita** (es fácil, teniendo un hermano tan merluzo como el mío).

—Pero ¿no queréis saber de qué?



Mi padre miró a mi madre (nada, ni caso, seguía con su libro).

Miró a Hugo (nada, ni caso, con la tablet).

Miró a Troya (nada, ni caso, estaba dormida).

Me miró a mí.

Está bieeeeeen. Sería una buena hija.

—¿De qué es el concurso, papi?

—Es un concurso entre todas las casas del barrio.

La Pera, 24 participa conjuntamente. ¡Darán un **premio** al ganador!

Ahí fue cuando mi desinteresado y generoso hermanito espabiló:

—¿Qué premio? ¿Qué premio? —preguntó el muy rastrero sabandija chupóptero—. ¿Es una Play?

Hugo estaba obsesionado con tener una Play para él solo.

—Ay, pues ahora que lo dices... no lo sé —respondió mi padre pensativo. Y luego retomó su entusiasmo sideral—. ¡¡Pero el concurso es chulísimo!!

Mi hermano volvió a hacer cero caso a mi padre.

Mi madre volvió a su libro.

Troya siguió durmiendo.

—¿En qué consiste, papi? —dije yo como la buena hija que soy.

—¡En hacer de nuestras calles un sitio más bonito y mejor! —exclamó mi padre emocionado—. Lo convocan en el barrio. Se trata de poner nuestro granito de arena por el medio ambiente.

Papá se dio cuenta de que Hugo no le estaba haciendo ni caso y se rebotó.

—Hijo mío, ¡escucha! Los jóvenes deberíais ser los primeros interesados. ¡Esto es una emergencia mundial! ¡Hay que salvar el planeta! Está en manos de todos. Por ejemplo, si ponemos plantas, no solo esta-

rá más bonito el barrio. Mejorará la calidad del aire... Contrarrestaremos la contaminación... ¡La Pera, 24, unida contra el cambio climático! —dijo mi padre de lo más dramático.

Mi madre empezó a prestar atención.

—Pues me parece genial —dijo—. Precisamente el otro día comentábamos Las Modernas y yo que deberíamos hacer algo. En los balcones de nuestro portal no se ve ni un triste hierbajo. ¿Y habéis visto lo bonitos que lo tienen otras casas de la calle? Es que llama la atención. Yo no sé si es la primavera o qué, pero últimamente vas por la calle y da gusto mirar hacia arriba.

Mi padre decía que sí con la cabeza emocionado.

—¡Pues de eso se trata! La Pera, 24 tiene que ponerse las pilas. Porque no salimos con ventaja precisamente. Y el premio se lo llevará **«La Casa Más Verde»**.

—¿Un premio a la casa más verde? Entonces gana la casa de al lado de la plaza —dijo el tarugo de Hugo volviendo a hundir la vista en la tablet.

Lo decía porque una de las casas que hacía esquina en la plaza, la de la farmacia, tenía la fachada pintada de verde.

—No se refiere a eso, merluzo —respondí yo—.

Será a la casa que tenga más plantas, o más ecológica, o más respetuosa con el medio ambiente...

Mis padres me miraron orgullosos.

Me encanta que me miren así.

—Ayyyy, qué bien habla mi niña. Y qué lista es. Deberías formar parte del comité.

—¿Qué comiste? —preguntó mi hermano.

Una de dos, o no estaba prestando mucha atención o se estaba volviendo más sordo que La Modernas.

—No «comí» nada. Ojalá. Estoy muerto de hambre —dijo el zampón de mi padre—. Dije

«COMITÉ».